

Richard Wright
Black Boy

Traducido del inglés por Eduardo Hojman

Alianza editorial

Título original: *Black Boy*

Published by arrangement with John Hawkins & Associates, Inc., New York with the permission of Julia Wright and Malcolm Wright.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2023, Julia Wright and Rachel Wright.

The licensing of all rights in this Work is controlled by Julia Wright, under special arrangement with Rachel Wright.

© de la traducción: Eduardo Hojman, 2024

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-448-0

Depósito legal: M. 60-2024

Printed in Spain

Para Ellen y Julia,
a quienes siempre llevo en el corazón.

De día tropiezan con las tinieblas,
y a mediodía andan a tientas como de noche.
JOB

Capítulo uno

Una mañana de invierno, hace mucho tiempo, en aquellos días de mi vida en que tenía cuatro años, me vi de pie delante de una chimenea, calentándome las manos encima de un montón de brasas ardientes, escuchando cómo fuera silbaba el viento al pasar por la casa. Mi madre me había regañado toda la mañana, ordenándome que me quedara quieto, advirtiéndome de que no debía hacer nada de ruido. Y yo estaba quejoso, nervioso e impaciente. En la habitación contigua estaba mi abuela enferma y sometida día y noche a los cuidados de un médico, y yo sabía que me castigarían si no obedecía. Inquieto, me acerqué a la ventana, corrí las largas y sedosas cortinas blancas —que tenía prohibido tocar— y miré anhelosamente la calle vacía. Soñaba con correr y jugar y gritar, pero la imagen vívida del rostro anciano, blanco y arrugado de mi abuela, enmarcado en un enmarañado halo de pelo negro y apoyado sobre una inmensa almohada de plumas, me daba miedo.

La casa estaba en silencio. A mis espaldas, mi hermano, un año menor que yo, jugaba con tranquilidad en el suelo con un juguete. Un ave pasó revoloteando al otro lado de la ventana y yo la saludé con un grito de alegría.

—Será mejor que te calles —dijo mi hermano.

—Cállate tú —repuse.

Mi madre entró enérgicamente en la sala y cerró la puerta. Se acercó hasta mí y me sacudió un dedo delante de la cara.

—Deja de gritar, ¿me oyes? —susurró—. ¡Sabes que la abuela está enferma y que debes guardar silencio!

Agaché la cabeza, enfurruñado. Ella se marchó. Yo sufría de aburrimiento.

—Te lo dije —se regodeó mi hermano.

—Tú cállate —le repetí.

Deambulé por la sala, apático, tratando de pensar en algo que hacer, temiendo el regreso de mi madre, sintiéndome abandonado y resentido. No había nada interesante en la sala excepto el fuego y, al final, me detuve delante de las resplandecientes ascuas, fascinado por el temblor de las brasas. La idea de un nuevo juego surgió y echó raíces en mi mente. ¿Por qué no tiraba algo al fuego y veía cómo ardía? Miré a mi alrededor. Lo único que había era mi álbum ilustrado, y mi madre me daría una paliza si lo quemaba. ¿Qué, entonces? Rebusqué por todas partes hasta que encontré la escoba guardada en un armario. Eso... ¿A quién le importaría si quemaba algunas pajas? La saque, arranqué un manojo del cepillo, lo tiré al fuego y vi cómo echaba humo, se ponía negro, lanzaba llamaradas y, finalmente, se convertía en blancas volutas que se desvanecían como fantasmas. Quemar paja era una diversión adictiva, de modo que arranqué más fibras y las arrojé al fuego. Mi hermano se puso a mi lado, con los ojos clavados en las briznas ardientes.

—No hagas eso —dijo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Vas a quemar toda la escoba —respondió.

—Tú cállate —dije.

—Lo contaré —dijo él.

—Y yo te pegaré —repuse yo.

Mi idea creció y echó flores. A esas alturas yo ya estaba preguntándome qué aspecto tendrían las largas y sedosas cortinas blancas si encendía un manojo de paja y lo ponía debajo. ¿Estaba dispuesto a intentarlo? Claro que sí. Saqué varias briznas de la escoba y las sostuve delante del fuego hasta que echaron llamas; corrí hasta la ventana y las acerqué al dobladillo de las cortinas. Mi hermano negó con la cabeza.

—No —dijo.

Habló demasiado tarde. Unos círculos rojos ya estaban formándose en la tela blanca; luego se produjo una llamarada. Retrocedí, alarmado. El fuego remontó hasta el techo y temblé de miedo. Enseguida, una lámina amarilla iluminó la sala. Yo estaba aterrorizado; quise gritar y el miedo me lo impidió. Busqué a mi hermano, pero se había ido. A esas alturas, la mitad de la sala estaba en llamas. El humo me asfixiaba y el fuego empezó a lamerme la cara, y lancé un grito ahogado.

Llegué a la cocina; allí también empezaba a haber humo. Mi madre lo olería pronto, vería el fuego, vendría y me daría una paliza. Yo había hecho algo que estaba mal, algo que no podría ocultar ni negar. Sí, me escaparía y no regresaría jamás. Salí corriendo de la cocina al patio trasero. ¿Adónde podía ir? ¡Sí, debajo de la casa! Allí nadie me encontraría. Gateé por debajo del edificio, me arrastré hasta el oscuro hueco de una chimenea de ladrillos, me acurruqué y me hice un ovillo apretado. Mi madre no debía encontrarme y azotarme por lo que yo había hecho. Había sido un accidente, en cualquier caso, no tenía intención de prender fuego a la casa. Lo único que quería era ver qué pasaba con las cortinas cuando se quemaban. Tampoco me había percatado de que me había escondido justo debajo de una casa en llamas.

Poco después, unos pasos golpearon con fuerza el suelo que tenía encima. Luego oí gritos. Más tarde llegaron desde la calle las sirenas de los camiones de bomberos y el sonido de los cas-

cos de caballo. Sí, era cierto, había un incendio, como el que un día había visto reducir una casa a cenizas, dejando solo en pie una chimenea ennegrecida. El terror me paralizó. Un ruido atrozador que llegó desde arriba sacudió la chimenea a la que me había aferrado. Los alaridos se hicieron más fuertes. Vi la imagen de mi abuela tendida indefensa en la cama con llamaradas amarillas en su pelo negro. ¿Mi madre estaría en llamas? ¿Mi hermano ardería? ¿Tal vez se abrasaran todas las personas que estaban en la casa? ¿Por qué no había pensado en esas cosas antes de prender las cortinas? Deseé volverme invisible, dejar de vivir. Arriba, el alboroto se hizo más fuerte y empecé a llorar. Me daba la impresión de que llevaba siglos allí escondido, y cuando los pasos y los gritos se calmaron, me sentí solo, expulsado de la vida para siempre. Oí voces cercanas y me estremecí.

—¡Richard! —me llamaba frenéticamente mi madre.

Vi sus piernas y el dobladillo de su vestido moviéndose rápidamente por el patio trasero. Sus alaridos transmitían una desesperación tan grande que sentí que mi castigo se correspondería con esa intensidad. Entonces vi su cara tensa asomándose por debajo del borde de la casa. ¡Me había encontrado! Contuve el aliento y esperé a que me ordenara salir hacia donde estaba ella. Su cara desapareció; no, no me había visto acurrucado en el oscuro hueco de la chimenea. Escondí la cabeza entre los brazos mientras me castañeteaban los dientes.

—¡Richard!

Percibí en su voz una angustia aguda y dolorosa como un latigazo en la piel.

—¡Richard! ¡La casa se incendia! ¡Por Dios, encontrad a mi hijo!

Sí, la casa se incendiaba, pero yo estaba decidido a no abandonar mi lugar seguro. Por fin, vi otra cara que se asomaba por debajo del borde de la casa; era mi padre. Sus ojos debían de haberse acostumbrado a la penumbra porque empezó a señalarme.

- ¡Ahí está!
- ¡No! —grité.
- ¡Ven aquí, muchacho!
- ¡No!
- ¡La casa se incendia!
- ¡Dejadme en paz!

Él se arrastró hasta mí y me agarró una pierna. Yo me aferré con toda mi fuerza al borde de la chimenea de ladrillos. Mi padre tiró y yo me sujeté más fuerte.

- ¡Sal de ahí, idiota!
- ¡Suéltame!

No soporté el tirón de la pierna y relajé los dedos. Todo había acabado. Me darían una paliza. Ya no me importaba. Sabía lo que ocurriría. Mi padre me arrastró hasta el patio trasero y, tan pronto me soltó, me puse de pie de un salto y salí corriendo a toda velocidad, tratando de esquivar a las personas que me rodeaban, rumbo a la calle. Me atraparon antes de dar diez pasos.

Desde ese momento, las cosas se volvieron confusas para mí. Entre los sollozos, los gritos y las enloquecidas conversaciones, averigüé que no había muerto nadie en el incendio. Mi hermano, al parecer, había superado su pánico y había conseguido advertir a mi madre, pero no antes de que la mitad de la casa quedara destruida. Usando el colchón a modo de camilla, el abuelo y un tío habían levantado a la abuela de la cama y la habían trasladado deprisa a la casa de un vecino, donde estaría a salvo. Debido a mi ausencia y mi silencio prolongados, todos pensaron, durante un rato, que yo había perecido bajo las llamas.

«Casi nos matas del susto», murmuró mi madre al tiempo que le quitaba las hojas a la rama de un árbol para utilizarla en mi espalda.

Me azotó con tanta fuerza y durante tanto tiempo que perdí el conocimiento. La paliza me hizo enloquecer y más tarde me encontré en la cama, aullando, decidido a huir, forcejando con

mis padres, que trataban de sujetarme para que me quedara quieto. Estaba perdido en una niebla de miedo. Llamaron a un médico —según me contaron más tarde—, quien ordenó que guardara reposo, afirmando que mi vida dependía de ello. El cuerpo me ardía y no podía conciliar el sueño. Me ponían bolsas de hielo en la frente para que la fiebre no subiera. Cada vez que trataba de dormir, veía unas bolsas blancas enormes y temblorosas, como las tetas llenas de las vacas, suspendidas en el techo, encima de mí. Más tarde, cuando me puse peor, veía esas mismas bolsas de día con los ojos abiertos y se apoderaba de mí el temor de que cayeran y me empaparan de algún líquido espantoso. Día y noche suplicaba a mis padres que quitaran esas bolsas, señalándolas, estremeciéndome de terror, porque nadie más las veía. El agotamiento era tal que me quedaba dormido y de pronto gritaba hasta volver a despertarme. Dormir me daba miedo. Por fin, el tiempo fue apartándose de aquellas peligrosas bolsas y me puse bien, pero, durante un largo período, me sentí escarmentado cada vez que recordaba que mi madre había estado a punto de matarme.

Cada acontecimiento se expresaba con un lenguaje críptico. Y los momentos que se vivían con lentitud revelaban sus significados codificados. Como el asombro que sentí la primera vez que me topé con un par de caballos, grandes como montañas, moteados, negros y blancos, golpeando con sus cascos una polvorienta calle, despidiendo nubecillas de polvo y barro.

Como el deleite que me sobrecogió cuando vi las largas y rectas hileras de hortalizas rojas y verdes extendiéndose a lo lejos bajo el sol hacia el refulgente horizonte.

Como el suave y fresco beso sensual del rocío al caerme por las mejillas y pantorrillas mientras yo corría por los húmedos senderos verdes del huerto durante las primeras horas de la mañana.

Como la indefinida sensación de infinito al mirar las aguas amarillas y soñadoras del río Misisipi desde los verdeantes riscos de Natchez.

Como los ecos de nostalgia que percibía en los graznidos de las bandadas de gansos salvajes que se deslizaban hacia el sur recortados contra el lóbrego cielo otoñal.

Como la seductora melancolía del cosquilleante aroma de la leña de nogal ardiendo en el fuego.

Como el provocador e imposible deseo de imitar el orgullo mezquino de los gorriones al bambolearse y contonearse en el polvo rojo de las carreteras del campo.

Como el anhelo de identificación que desencadenó en mí la visión de una solitaria hormiga transportando su carga para emprender un misterioso viaje.

Como el desdén que se apoderó de mí cuando torturé a un delicado cangrejo de río de tonos azules y rosados que se acurrucó, lleno de temor, en el fango de una lata oxidada.

Como la dolorosa gloria de las masas de nubes ardiendo con los destellos dorados y morados de un sol invisible.

Como la alarma líquida que detecté en el arrebol rojo sangre del resplandor crepuscular del sol reflejado en las blanqueadas casas de madera.

Como la languidez que sentí cuando oí el susurro de la lluvia a través de las hojas verdes.

Como el incomprensible secreto encarnado en un hongo blanquecino oculto en la oscura sombra de un tronco en putrefacción.

Como la experiencia de sentir la muerte sin morir cuando vi un pollo dando saltos a ciegas después de que, con un rápido movimiento de muñeca, mi padre le partiera el cuello.

Como lo buena que me pareció la broma de que Dios obligara a gatos y perros a lamer la leche y el agua con la lengua.

Como la sed que sentí cuando vi el jugo transparente y dulce que manaba de una caña de azúcar triturada.

Como el ardiente pánico que me invadió la garganta y se me extendió por la sangre la primera vez que vi la perezosa y floja espiral de una serpiente de piel azulada durmiendo al sol.

Como el demudado asombro al ver cómo le atravesaban el corazón a un cerdo, lo sumergían en agua hirviendo, lo despellaban, lo abrían en canal, lo destripaban y lo colgaban con la boca abierta y lleno de sangre.

Como el amor que me inspiraba la callada majestuosidad de los altos robles ataviados de musgo.

Como la insinuación de cósmica crueldad que sentí cuando vi las vigas curvas de una cabaña de madera deformadas por el sol de verano.

Como la saliva que se me formaba en la boca cada vez que olía polvo de barro apelmazado por la lluvia reciente.

Como el turbio concepto de hambre al respirar el olor del pasto recién cortado y sangrante.

Y como el mudo terror que me teñía los sentidos cuando vastas brumas doradas caían en dirección a la tierra desde un cielo cargado de estrellas en las noches silenciosas...

Un día mi madre me informó de que iríamos a Memphis en un barco, el Kate Adams, y me provocó tal entusiasmo que los días posteriores parecieron interminables. Cada noche me iba a la cama con la esperanza de que la mañana siguiente fuera el día de la partida.

—¿Cómo de grande es el barco? —le pregunté a mi madre.

—Como una montaña —respondió.

—¿Tiene sirena?

—Sí.

—¿Y suena?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando el capitán quiere que suene.

—¿Por qué se llama Kate Adams?

—Porque ese es el nombre del barco.

—¿De qué color es?

—Blanco.

—¿Cuánto tiempo estaremos en él?

—Todo el día y toda la noche.

—¿Dormiremos en el barco?

—Sí, cuando tengamos sueño, dormiremos. Ahora cállate.

Durante varios días soñé con un inmenso buque blanco flotando en un vasto espejo de agua, pero cuando mi madre me llevó al atracadero el día de la partida, me encontré delante de un barco diminuto y sucio que no se parecía en nada al que había imaginado. Me sentí desilusionado y, cuando llegó el momento de subir a bordo, lloré, por lo que mi madre supuso que no quería ir a Memphis con ella, y yo no podía explicarle cuál era el problema. Me consolé dando un paseo por la embarcación y mirando a los negros que jugaban a los dados o a las cartas, bebían *whisky*, holgazaneaban sentados sobre cajas, comían, hablaban y cantaban. Mi padre me llevó a la sala de máquinas y estuve horas fascinado por los palpitantes motores.

En Memphis nos alojamos en una finca de apartamentos de alquiler de una sola planta y ladrillo visto. Los edificios de piedra y el pavimento de hormigón me parecieron lóbregos y hostiles. La ausencia de verde, de cosas que crecieran, hacía que la ciudad pareciera muerta. El espacio habitable para nosotros cuatro —mi madre, mi hermano, mi padre y yo— comprendía una cocina y un dormitorio. En la parte delantera y en la trasera había unas áreas pavimentadas en las que mi hermano y yo jugábamos, pero durante varios días me dio miedo adentrarme solo en las desconocidas calles de la ciudad.

Fue en esa finca cuando la personalidad de mi padre entró plenamente y por primera vez en la órbita de mis preocupaciones. Trabajaba como portero de noche en una farmacia de Beale Street y se volvió importante e intimidante para mí cuando me enteré de que no podía hacer ruido durante el día si estaba durmiendo. Él imponía la ley en nuestra familia y yo jamás reía en su presencia. Tenía la costumbre de acechar tímidamente des-

de la puerta de la cocina y observar su enorme cuerpo desplomado delante de la mesa. Lo contemplaba, sobrecogido mientras él bebía cerveza a grandes tragos de un cubo de lata, o cuando comía durante mucho tiempo y con pesadez, suspiraba, eructaba y cerraba los ojos, agachando la cabeza en dirección de la barriga llena. Era muy gordo, y su estómago hinchado siempre sobresalía por encima del cinturón. Para mí siempre fue un extraño, una persona ajena y distante.

Una mañana, mi hermano y yo, mientras estábamos jugando en la parte de atrás de nuestro piso, encontramos un gatito perdido que maullaba con fuerza y persistencia. Le dimos sobras de comida y agua, pero no dejaba de maullar. Mi padre, medio dormido y en ropa interior, llegó tropezando hasta la puerta trasera y nos exigió que guardáramos silencio. Le explicamos que era el gatito el que hacía ruido y nos ordenó que lo espartáramos. Intentamos obligar al animal a marcharse, pero este no se movía. Mi padre intervino.

—¡Fuera! —gritó.

El escuálido gatito se quedó, se frotó contra nuestras piernas y maulló en tono lastimero.

—¡Mata a ese condenado bicho! —estalló mi padre—. ¡Haced lo que sea, pero sacadlo de aquí!

Volvió a entrar, refunfuñando. Sus gritos me molestaron y me fastidió el hecho de que jamás pudiera manifestar mi resentimiento. ¿Cómo podía devolverle el golpe? Oh, sí... ¡Había dicho que matáramos al gatito! ¡Yo lo mataría! Sabía que no lo había dicho en serio, pero el odio profundo que sentía hacia él me impulsó a tomar literalmente su palabra.

—Nos ha dicho que matemos al gato —le dije a mi hermano.

—No hablaba en serio —repuso este.

—Sí que iba en serio y voy a matarlo.

—En ese caso, sí que va a maullar —dijo mi hermano.

—No puede maullar si está muerto —respondí.

—En realidad no ha dicho que lo matáramos —protestó mi hermano.

—¡Sí que lo ha hecho! —insistí—. ¡Y tú lo has oído!

Mi hermano huyó a la carrera, asustado. Encontré un pedazo de cuerda, hice una horca, le rodeé con ella el cuello al gatito, la pasé por encima de un clavo y luego tiré, separando al animal del suelo. Jadeó, babeó, se dobló sobre sí mismo, agitó las garras en el aire frenéticamente. Por fin, abrió la boca y su lengua rosada y blanquecina asomó rígida. Até la cuerda a un clavo y fui en busca de mi hermano. Estaba en cuclillas detrás de una esquina del edificio.

—Lo he matado —susurré.

—Has hecho mal —dijo él.

—Ahora papá podrá dormir —contesté, muy satisfecho.

—No te decía en serio que lo mataras —insistió mi hermano.

—Entonces, ¿por qué me dijo que lo hiciera? —exigí saber.

Él no pudo responder; miró fijamente y con expresión de temor al animalillo colgado.

—Ese gatito acabará contigo —me advertió.

—Ni quisiera respira —dije.

—Voy a contarle —me amenazó mi hermano, y corrió hacia la casa. Esperé, decidido a defenderme valiéndome de las precipitadas palabras de mi padre, anticipando mi propio gozo al repetírselas a él, incluso aunque supiera que era la ira lo que lo había hecho pronunciarlas. Mi madre vino deprisa hacia mí, secándose las manos en el delantal. Se detuvo y palideció al ver al gato suspendido de la cuerda.

—Por el amor de Dios, ¿qué has hecho? —preguntó.

—Hacía ruido y papá dijo que lo matáramos —expliqué.

—¡Idiota! —exclamó ella—. ¡Tu padre te dará una paliza!

—Pero él me dijo que lo matara —repetí.

—¡Cierra la boca!

Me agarró la mano y me arrastró hasta la cama de mi padre y le contó lo que yo había hecho.

—¡Sabes que eso no se hace! —vociferó mi padre.

—Tú dijiste que lo matáramos —respondí.

—Os dije que lo espantarais —replicó él.

—Me dijiste que lo matara —contraataqué en tono seguro.

—¡Sal de mi vista antes de que te muela a bofetadas! —bramó él, asqueado, y se giró en la cama.

Había logrado mi primera victoria con mi padre. Le había hecho creer que había tomado sus palabras literalmente. Ahora no podía castigarme sin poner en riesgo su autoridad. Yo me sentía feliz, porque, por fin, había encontrado un modo de restregarle en la cara lo que pensaba de él. Le había hecho sentir que, si me azotaba por haber matado al animal, jamás volvería a tomar en serio su palabra. Le había hecho saber que para mí él era cruel y lo había conseguido sin que me castigara.

Pero mi madre, que era más imaginativa, respondió con un ataque a mi sensibilidad que me aplastó con el horror moral que suponía acabar con una vida. Durante toda aquella tarde, me dirigió palabras calculadas que engendraron en mi mente una horda de demonios invisibles empeñados en vengarse de lo que yo había hecho. A medida que fue anocheciendo, la angustia se apoderó de mí y empecé a sentir miedo de entrar solo a una habitación vacía.

—Has contraído una deuda que jamás podrás pagar —dijo mi madre.

—Lo siento —musité.

—Sentirlo no le devolverá la vida a ese gato —respondió ella.

Luego, justo cuando estaba por irme a la cama, promulgó un mandamiento paralizante: me ordenó que saliera a la oscuridad, cavara una tumba y enterrara al gatito.

—¡No! —grité, sintiendo que, si salía de casa, un espíritu maligno me atraparía.

—Sal y entierra a ese pobre gato —ordenó.

—¡Tengo miedo!

—¿Y acaso ese animalillo no tenía miedo cuando le pusiste la cuerda en el cuello? —preguntó.

—Pero no era más que un gatito —expliqué.

—Pero estaba vivo —replicó ella—. ¿Puedes devolverle la vida?

—Pero papá dijo que lo matáramos —insistí, tratando de atribuirle la culpa moral a mi padre.

Mi madre me abofeteó la boca con la palma abierta.

—¡Deja de mentir! ¡Entendiste bien lo que había querido decir!

—¡No! —me desgañité.

Ella me encajó una pala diminuta en las manos.

—¡Sal a cavar un hoyo y entierra al gato!

Salí tropezando a la noche negra, sollozando, con las piernas temblando de miedo. Aunque sabía que había matado al minino, las palabras de mi madre lo habían revivido en mi cabeza. ¿Qué me haría el gatito cuando lo tocara? ¿Me clavaría las garras en los ojos? Mientras me iba acercando a tientas al animal muerto, mi madre permanecía detrás de mí, invisible en la oscuridad, incitándome con su voz incorpórea.

—Mamá, ven, ponte a mi lado —supliqué.

—Tú no te pusiste al lado de ese gatito, así que yo no tengo por qué hacerlo contigo —me espetó en tono burlón desde la amenazadora oscuridad.

—No puedo tocarlo —gemí, sintiendo que el minino me miraba fijamente, con ojos cargados de reproche.

—¡Desátalo! —me ordenó ella.

Estremeciéndome, manipulé la cuerda con torpeza y el gato cayó sobre el pavimento con un ruido sordo que resonó en mi

cabeza durante muchos días y noches. Luego, obedeciendo la voz flotante de mi madre, busqué un rincón de tierra, cavé un hoyo poco profundo y enterré al animal tieso; cuando toqué su frío cuerpo, sentí que me pinchaba la piel. Luego, tras completar el ritual, suspiré y empecé a volver al piso, pero mi madre me cogió la mano y me llevó otra vez a la tumba del gatito.

—Cierra los ojos y repite conmigo —dijo.

Cerré los ojos con fuerza y aferré su mano con la mía.

—Dios querido, Padre todopoderoso, perdóname, porque no sabía lo que hacía...

—Dios querido, Padre todopoderoso, perdóname, porque no sabía lo que hacía... —repetí.

—Y perdóname la vida, aunque yo no se la perdoné al gatito...

—Y perdóname la vida, aunque yo no se la perdoné al gatito... —repetí.

—Y esta noche, cuando esté durmiendo, no me arrebates el aliento de la vida...

Abrí la boca, pero no salió ninguna palabra. Tenía la mente congelada de espanto. Me imaginé jadeando, tratando de respirar, y muriendo mientras dormía. Me separé de mi madre y corrí bajo la noche, llorando, estremeciéndome de pavor.

—No —sollocé.

Mi madre me llamó varias veces, pero yo me negaba a acercarme a ella.

—Bueno, supongo que has aprendido la lección —dijo por fin.

Contrito, me acosté, esperando no ver jamás ningún otro gato.

El hambre me sorprendió con tanto sigilo que al principio yo no fui consciente de lo que en verdad significaba. Lo había tenido siempre más o menos cerca cuando jugaba, pero última-

mente había empezado a despertarme de noche y a encontrármelo al lado de mi cama, mirándome fijamente y con una expresión demacrada. El hambre que yo conocía antes de que eso ocurriera no era un extraño adusto y hostil, era un hambre normal, que me hacía suplicar todo el rato que me dieran un poco de pan y que me dejaba satisfecho después de comer uno o dos mendrugos. Pero esta nueva hambre me desconcertaba, me asustaba, me transformaba en alguien enfadado e insistente. Cada vez que rogaba comida, mi madre me servía una taza de té, que aplacaba el clamor de mi estómago durante un instante o dos, pero, poco más tarde, sentía el hambre hundiéndoseme en las costillas, retorciéndome las entrañas vacías hasta que me dolían. Empezaba a marearme y se me enturbiaba la visión. Me volví menos activo en mis juegos y, por primera vez en mi vida, tuve que detenerme a pensar en lo que estaba ocurriendo conmigo.

—Mamá, tengo hambre —me quejé una tarde.

—Da un salto y coge un *calmambre* —respondió ella, tratando de hacerme reír y olvidar.

—¿Qué es un *calmambre*?

—Es lo que los niñitos comen cuando tienen hambre —dijo.

—¿A qué sabe?

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué me has dicho que coja uno?

—Porque dijiste que tenías hambre —replicó con una sonrisa.

Percibí que estaba burlándose de mí, lo que me enfadó.

—Pero tengo hambre. Quiero comer.

—Tendrás que esperar.

—Pero quiero comer ahora.

—Es que no hay nada —respondió.

—¿Por qué?

—Porque no hay nada, sencillamente —explicó.

—Pero quiero comer —repetí, y empecé a llorar.

—Pues tendrás que esperar —volvió a decir ella.

—Pero ¿a qué?

—A que Dios nos mande un poco de comida.

—¿Cuándo nos la va a mandar?

—No lo sé.

—¡Pero tengo hambre!

Ella estaba planchando y en ese momento hizo una pausa y me miró con lágrimas en los ojos.

—¿Dónde está tu padre? —me preguntó.

La miré perplejo. Sí, era cierto que mi padre ya llevaba varios días sin venir a casa a dormir y que yo podía hacer todo el ruido que quisiera. Aunque no sabía por qué estaba ausente, me alegraba de que no estuviera con nosotros, prohibiéndome cosas a gritos, pero jamás se me había ocurrido que su ausencia significara que no habría más comida.

—No lo sé —dije.

—¿Quién trae comida a casa? —preguntó mi madre.

—Papá —respondí—. Él siempre traía la comida.

—Bueno, ahora tu padre no está —dijo.

—¿Dónde está?

—No lo sé —respondió.

—Pero tengo hambre —gimoteé, y empecé a golpear el suelo con los pies.

—Tendrás que esperar hasta que yo consiga un trabajo y compre comida —dijo.

A medida que pasaban los días, fui relacionando la imagen de mi padre con mis retortijones, y cada vez que sentía hambre pensaba en él, con una amargura profunda y biológica.

Mi madre, por fin, empezó a trabajar como cocinera, y cada día nos dejaba a mí y a mi hermano solos en el piso con una hogaza de pan y una jarra de té. A la noche, cuando volvía, estaba cansada y abatida y lloraba mucho. A veces, cuando estaba desesperada, nos llamaba y nos hablaba durante horas enteras, di-

ciéndonos que no teníamos padre, que nuestra vida sería distinta de la de otros niños, que debíamos aprender a cuidar de nosotros mismos lo más pronto posible, a vestirnos, a prepararnos la comida, que debíamos hacernos responsables del piso mientras ella trabajaba. Medio asustados, se lo prometíamos solemnemente. No entendíamos qué había ocurrido entre ellos, y esas largas charlas no nos hacían sentir más que un vago temor. Cada vez que le preguntábamos por qué se había marchado nuestro padre, ella nos respondía que éramos demasiado pequeños para entenderlo.

Una noche, mi madre me dijo que, a partir de ese momento, yo debía encargarme de comprar la comida. Me llevó a la tienda de la esquina para mostrarme el camino. Yo estaba orgulloso; me sentía adulto. La tarde siguiente, me colgué la cesta al brazo y bajé por la acera hasta la tienda. Cuando llegué a la esquina, una pandilla de chicos me atrapó, me tiró al suelo, me arrebató la cesta, me robó el dinero y me mandó corriendo a casa, sumido en pánico. Esa noche le conté a mi madre lo que había ocurrido, pero ella no hizo comentario alguno. Se sentó de inmediato, escribió otra nota, me dio más dinero y volvió a mandarme a la tienda. Yo bajé despacio por la escalera y vi a la misma pandilla jugando en la calle. Regresé corriendo a mi casa.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Están los mismos chicos —dije—. Me darán una paliza.

—Tienes que superarlo —repuse—. Ahora ve.

—Tengo miedo —contesté.

—Ve y no les prestes atención —insistió ella.

Salí por la puerta y caminé a paso vivo por la acera, rezando por que la pandilla no me molestara, pero cuando llegué a su altura, uno gritó:

—¡Allí está!

Se acercaron a mí y yo hui corriendo hacia mi casa. Me alcanzaron y me arrojaron contra la acera. Yo grité, supliqué, pateé, pero me arrancaron el dinero de la mano. Tiraron de mí hasta